

Comentario al Sermón:

Estamos ya en vísperas de una Navidad que esta vez abre el año Jubilar. Hemos buscado entre los sermones de Newman uno que exprese mejor el estado espiritual que debe preceder y acompañar esta gran celebración. Se trata de un sermón de Adviento, tiempo en el que se prepara la Navidad haciendo memoria de la primera venida de Cristo, pero poniendo la mirada de fe en la segunda también. Esto significa reflexionar sobre las postrimerías o las realidades últimas que acompañan la Parusía, es decir una meditación de carácter escatológico.

Precisamente aquí resalta la actitud característica que nos pide semejante verdad de fe: se trata de *esperar*, de la esperanza cristiana. Pero a esta, que es virtud teologal junto a la fe y la caridad, la define también la palabra *vigilar*, cuyo contenido Newman desarrolla en el sermón, y que, como en el término inglés *watching* (título del mismo), puede también expresarse como *velar*, siendo ambos verbos los que encontramos en las traducciones castellanas de la Biblia. Son especialmente los que encontramos en el Evangelio donde Jesús nos enseña a *estar preparados*. Newman predica a partir de uno de estos textos, y encuentra muchos más, haciendo esa catena bíblica que tanto recuerda las homilías de los Santos Padres.

Asimismo podríamos traducir el término por *estar atentos, estar de guardia, aguardar, estar alerta, observar con atención, mirar con cuidado*, etc., expresiones todas que hablan por un lado de alguien que está despierto, y por otro de la actitud de un vigía en la torre, expresiones que definen una espera expectante, un mirar aguardando algo que va a ocurrir, mejor aún, aguardando a alguien que va a venir. Es la incertidumbre del momento de la llegada y del acontecimiento, junto al amor deseoso de que ocurra, lo que describe este estado. Newman dice que, referido a Cristo, es la actitud que caracteriza al verdadero cristiano, y sin la cual todo lo demás es falsa religión. Con su conocimiento del hombre, del mundo y de Dios, Newman nos ayudará a estar preparados.

Parochial and Plain Sermons IV, 22

Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 3 de diciembre de 1837

VIGILAR

“Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento” (Mc 13,33).

Nuestro Señor hizo esta advertencia cuando estaba dejando este mundo, dejándolo en lo que se refiere a Su presencia visible. Consideró el futuro de los cientos de años que iban a pasar hasta que volviera. Sabía que su propio propósito y el de su Padre era dejar gradualmente este mundo a sí mismo, retirar de él las señales de su misericordiosa presencia. Al contemplar todas las cosas, vio el abandono a Su persona que se difundiría aún entre sus seguidores profesos, la desobediencia desafiante y las fuertes palabras que se atreverían contra El y contra Su Padre de muchos de los que habría de regenerar, y la frialdad, la cobardía y la tolerancia del error demostrada por otros que no irían tan lejos como para hablar en contra de El. Previó el estado del mundo y de la Iglesia tal como lo vemos hoy, cuando Su prolongada ausencia ha hecho pensar prácticamente que su presencia visible nunca más volverá. Por eso, en el texto misericordiosamente nos murmura al oído que no confiemos en lo que se ve, que

no compartamos la incredulidad general, que no nos dejemos llevar por el mundo, sino que “estemos atentos, vigilemos, oremos”, y busquemos su venida.

Por cierto, esta advertencia misericorde debería estar siempre en nuestros pensamientos, siendo tan precisa, tan solemne, tan seria. El anunció su primera venida y sin embargo cuando llegó tomó a Su Iglesia por sorpresa. La segunda vez llegará y sorprenderá a los hombres mucho más repentinamente, ya que no ha medido el intervalo de tiempo que falta, como hizo entonces, sino que dejó nuestra vigilancia al cuidado de la fe y del amor.

Consideremos, pues, esta cuestión tan seria que nos concierne a cada uno tan de cerca. ¿Qué es *vigilar* aguardando a Cristo? Él dice: “*Velad*, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de casa, si al atardecer, o a media noche, o al cantar del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso, y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡*Velad!*” (Mc 13, 35-37). Y también dice: “Si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, habría *vigilado* y no dejaría que le horadasen su casa” (Lc 12, 39). Encontramos por todas partes una advertencia semejante, dada tanto por nuestro Señor como por sus Apóstoles. Por ejemplo, tenemos la parábola de la diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco necias; después de tardar, llegó el novio de repente, y cinco se encontraron sin aceite. Sobre esto dice el Señor: “*Vigilad*, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora en que vendrá el Hijo del hombre” (Mt 25,13). También dice: “Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de improviso sobre vosotros, como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra. *Vigilad*, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lc 21,34-36). De igual modo reprendió a Pedro: “Simón, ¿duermes?, ¿no has podido *velar* ni siquiera una hora?” (Mc 14,37).

También San Pablo habla de manera semejante: “Es ya hora de levantaros del sueño...La noche está avanzada. El día se avecina” (Rom 13, 11, 12). “*Vigilad*, manteneos, firmes en la fe, sed hombres, sed fuertes” (1 Cor 16,13). “Fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las asechanzas del Diablo...para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes” (Ef 6,10-13). “Así pues, no durmamos como los demás, sino *velemos*, y seamos sobrios” (1 Tes 5,6). Y del mismo modo San Pedro dice: “El fin de todas las cosas está cercano. Sed, pues, sensatos y sobrios para *velar* en oración”. (1 Pe 4,7). “Sed sobrios y *velad*. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar” (1 Pe 5,8). Y San Juan agrega: “Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté *en vela* y conserve sus vestidos” (Apo 16,15).

Considerad ahora que esta palabra *vigilar*, *velar*, usada primero por nuestro Señor, luego por su discípulo amado, luego por los grandes Apóstoles Pedro y Pablo, es una palabra extraordinaria, porque la idea no es tan obvia como parece a primera vista, y porque todos ellos la inculcan. No tenemos que creer solamente, sino vigilar; no amar solamente, sino vigilar, no obedecer solamente, sino vigilar. Pero ¿vigilar aguardando qué? El gran evento, la venida de Cristo. Ya consideremos lo que es el significado obvio de la palabra, ya el Objeto hacia el cual nos dirige, nos parece ver un deber especial que se nos impone, que no viene naturalmente a nuestro pensamiento. Muchos de nosotros tenemos una idea general de lo que significa creer, temer, amar y obedecer, pero quizás no contemplamos o captamos lo que significa vigilar, velar.

Y considero que este es uno de los puntos principales que, de modo práctico, permite separar los verdaderos y perfectos servidores de Dios de la multitud que se llaman cristianos,

de aquellos que son, no digo falsos y réprobos, sino tales que no podemos decir mucho de ellos ni formar ninguna idea de lo que llegarán a ser. Y al decir esto, no entendáis lo que no quiero decir, que podemos dar por sentado quienes son los perfectos y quienes los cristianos ambiguos o incompletos, o que aquellos que hablan e insisten sobre estos temas están necesariamente del lado correcto. Solo hablo de dos *caracteres*, el verdadero y consistente, y el inconsistente, y digo que pueden en no poco grado discriminarse y distinguirse por esta sola nota: los verdaderos cristianos, sean quienes sean, vigilan, y los cristianos inconsistentes no. Pero, ¿qué es vigilar?

Pienso que puede explicarse así. ¿Conocéis el sentimiento en asuntos de esta vida, cuando esperamos a un amigo, aguardando que llegue y se demora? ¿Conocéis lo que es estar en compañía desagradable, y desear que pase el tiempo y suene la hora en que podáis quedar libres? ¿Conocéis lo que es estar ansiosos de que pase algo que puede ocurrir o no, o estar en suspenso acerca de algún acontecimiento importante, que hace latir vuestro corazón cuando os acordáis de ello, y que es la primera cosa en lo que pensáis en la mañana? ¿Sabéis lo que es tener un amigo en un país lejano, esperar noticias de él, y preguntarse día a día lo que está haciendo entonces, y si estará bien? ¿Sabéis lo que es vivir dependiendo de alguien que está presente con vosotros, a quien vuestros ojos siguen, y leéis su alma, y veis todos los cambios en su semblante, y anticipáis sus deseos, y a quien sonreís con su sonrisa y estáis tristes con su tristeza, y os abatís si está enojado, y gozáis en sus éxitos? Vigilar aguardando a Cristo es un sentimiento como todos estos, tanto como los sentimientos de este mundo son apropiados para indicar los del otro mundo.

Vigila a Cristo el que tiene una mente sensitiva, anhelante, aprehensiva, el que está despierto, vivo, el que es de vista rápida, celoso en buscarlo y honrarlo, el que lo busca en todo lo que pasa, y que no se sorprendería ni agitaría o abrumaría si hallara que El está viniendo inmediatamente.

Y vigila *con* Cristo quien, mientras mira el futuro, mira el pasado, y contempla lo que su Salvador adquirió para él sin olvidar lo que sufrió por él. Vigila con Cristo quien siempre conmemora y renueva en su propia persona la agonía y la cruz de Cristo, y recoge gentilmente ese manto de aflicción que Cristo llevó aquí y dejó detrás suyo cuando ascendió. Y por eso en las cartas, tan a menudo como los escritores sagrados muestran el deseo de su segunda venida, muestran también su memoria de la primera, y nunca pierden de vista su crucifixión y resurrección. Así, si San Pablo les recuerda a los romanos que “esperan la redención del cuerpo” en el último día, también les dice que “*sufrimos con El*, para ser también con El glorificados” (Rom 8,17). Si les habla a los corintios de “esperar la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 1,7), también les dice que “llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el *morir* de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4,10). Si habla a los filipenses del “poder de su resurrección”, añade enseguida “*la comunión en sus padecimientos* hasta hacerme semejante a El en su muerte” (Fil 3,10). Y si consuela a los colosenses con la esperanza de que “cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con El”, había ya dicho “*completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo*, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 4,1; 1,24). Así, el pensamiento de lo que Cristo es no bloquea en la mente el pensamiento de lo que fue, y la fe está siempre doliéndose con El mientras goza. Y la misma unión de pensamientos opuestos se nos inculca en la santa Comunión, en la cual vemos la muerte y la resurrección de Cristo juntas, al mismo tiempo: conmemoramos una y nos gozamos en la otra, hacemos una ofrenda y ganamos una bendición.

Esto es entonces vigilar: apartarse de lo que es presente y vivir en lo que es invisible, vivir pensado en Cristo como vino una vez y como vendrá nuevamente, y desear su segunda

venida desde nuestro recuerdo afectuoso y agradecido de la primera. Y encontraremos que esto es lo que los hombres necesitan. Están ciertamente sin fe y también sin amor, pero al menos profesan tener estas gracias, y no es fácil convencerles de que no las tienen. Pues consideran que tienen fe si aceptan que la Biblia viene de Dios, o que confían totalmente en Cristo para la salvación, y consideran tener amor si obedecen alguno de los más obvios mandamientos de Dios. Piensan que tienen fe y amor, pero ciertamente ni sueñan en vigilar. No tienen idea de lo que significa y que es una obligación, y por eso ocurre que la vigilancia es una prueba apta para un cristiano, ya que es una particular propiedad de la fe y del amor, que siendo esencial, sin embargo ni la profesan los hombres de este mundo. Es esa particular propiedad que es la vida o la energía de la fe y del amor, el modo en que se manifiestan la fe y el amor, si son genuinos.

Es fácil poner ejemplos de lo que digo, desde la experiencia que todos tenemos de la vida. Muchos hombres injurian abiertamente a la religión o al menos desobedecen abiertamente sus leyes, pero consideremos aquellos que tienen una mente más sobria y conciente. Tienen un número de buenas cualidades y son, en cierto sentido y hasta cierto punto, religiosos, pero no vigilan. Su noción de la religión es sucintamente esta: amar a Dios, por cierto, pero amar este mundo también; no solo hacer su deber sino hallar su bien principal y más elevado en ese estado de vida al que Dios ha querido llamarlos, descansando en él y tomándolo como su herencia. Sirven a Dios y le buscan, pero miran al mundo presente como si fuera eterno, no una escena meramente temporaria de sus obligaciones y privilegios, y nunca contemplan la perspectiva de ser separados de él. No es que olviden a Dios, que no vivan según principios, u olviden que los bienes de este mundo son un don Suyo, pero los aman por sí mismos más que por su Dador, y cuentan con retenerlos como si tuvieran esa permanencia que tienen las obligaciones y privilegios religiosos. No entienden que están llamados a ser extranjeros y peregrinos sobre la tierra, y que su lote mundano y los bienes terrenales son una suerte de accidente de su existencia, y que realmente no tienen propiedad sobre ellos aunque la ley humana garantice esa propiedad. De modo que ponen su corazón en estos bienes, sean grandes o pequeños, no sin un sentido religioso mientras tanto, pero de todos modos idolátricamente. *Esta* es su falta: una identificación de Dios con este mundo, y en consecuencia una idolatría hacia este mundo, y así quedan libres de la dificultad de buscar a su Dios, pues piensan que le han hallado en los bienes de este mundo.

Mientras son realmente loables en muchos aspectos de su conducta, benevolentes, caritativos, amables, buenos vecinos, y útiles a su generación, constantes quizás en las obligaciones religiosas ordinarias que la costumbre ha establecido, y mientras muestran muchos sentimientos rectos y amables, y la mayor corrección en sus opiniones, y están aún en camino de mejorar el carácter y la conducta a medida que pasa el tiempo, corrigiendo lo que está fuera de lugar, ganando cada vez más dominio sobre sí mismos, madurando su juicio, y siendo en consecuencia más respetados, sin embargo, es claro que aún aman este mundo, que están poco dispuestos a dejarlo, y que quieren tener más de sus cosas buenas. Aman la riqueza y la distinción, el crédito y la influencia. Pueden mejorar en la conducta pero no en el anhelo. Avanzan pero no suben, se mueven en un nivel bajo y si pudieran moverse así durante siglos, no se levantarían por encima de la atmósfera de este mundo.

“En mi puesto de guardia me pondré, me plantaré en mi muro, y vigilaré para ver lo que El me dice, lo que responde a mi querrela” (Hab 2,1). Este es el temple que no tienen, y cuando reflexionamos sobre lo raro que es encontrarlo entre cristianos que profesan ser tales, vemos porqué nuestro Señor insiste con tanta urgencia en ello, como si dijera, “No os estoy advirtiendo, seguidores míos, contra la apostasía, pues eso no ocurrirá, sino que preveo que muy pocos se mantendrán despiertos y vigilando mientras estoy fuera. Bienaventurados los siervos que sí lo están; pocos me abrirán *inmediatamente* cuando llame a la puerta. Tendrán

algo que hacer antes, tendrán que prepararse. Tendrán que recobrase de la sorpresa y la confusión que les sobrevendrá con las primeras noticias de mi llegada, y necesitarán tiempo para sosegar, y llamar a sí sus mejores pensamientos y afectos. Se sienten muy bien como están, y desean servir a Dios como están. Están satisfechos con permanecer en la tierra, no desean moverse, no desean cambiar”.

Sin negar, entonces, a estas personas el mérito de muchos hábitos y prácticas religiosas, diría que están necesitados de un corazón tierno y sensitivo que esté pendiente del pensamiento de Cristo, y viva en Su amor. El aire del mundo tiene un poder peculiar que, podría decirse, corroe las almas. El espejo dentro de ellas, en vez de reflejar al Hijo de Dios su Salvador, se ha hecho turbio y descolorido, y entonces, usando una expresión común, aunque hay mucho de bueno *en* ellos, es solo *en* ellos, no a través de ellos, alrededor de ellos, o sobre ellos. Una costra maligna está *sobre* ellos: piensan con el mundo, están llenos de los conceptos y los modos de hablar del mundo, apelan al mundo, y tienen una suerte de reverencia por lo que el mundo dirá. Hay un deseo de naturalidad, simplicidad y educabilidad infantil en ellos. Es difícil tocarlos, podríamos decir, dar con ellos, y persuadirlos a una forma honrada de religión. Comienzan cuando menos lo esperáis, a tener reservas, hacer distinciones, formular excepciones, condescienden a refinamientos, en cuestiones donde hay solamente dos lados, el bueno y el malo. Sus sentimientos religiosos no manan fácilmente cuando debieran, o porque son faltos de confianza y no pueden decir nada, o porque son afectados y tensos en el modo de conversar. Y así como el óxido ataca y devora el metal, del mismo modo este espíritu mundano penetra más y más profundamente en el alma una vez que lo ha admitido. Y el gran término de la aflicción, parecería, es quitar esta corrupción externa, y mantener el alma a la medida de su pureza y brillo bautismal.

Ahora bien, no se puede dudar de que hay multitudes en la Iglesia que son tales como he venido describiendo, y que no podrían recibir inmediatamente a nuestro Señor en Su venida. No podemos, ciertamente, aplicar lo que he dicho a este o aquel individuo, pero en general, mirando la multitud, uno no puede estar equivocado. Habrá excepciones, después de todas las deducciones posibles, una gran número permanece así de ambiguo, intentando unir cosas incompatibles. Podríamos estar seguros de esto aunque Cristo no hubiera dicho nada al respecto, pero es un pensamiento muy solemne y de gran influencia el que Cristo haya verdaderamente llamado nuestra atención sobre este mismo peligro, el peligro de una religiosidad mundana, esa mezcla de religión y falta de fe, que sirve a Dios por cierto, pero ama las modas, las distinciones, los placeres y las comodidades de la vida, que siente satisfacción en ser próspero en ciertas circunstancias, le gustan las pompas y vanidades, es especial acerca de la comida, el vestido, la casa, los muebles y los asuntos domésticos, se codea con gente importante y desea tener una posición en la sociedad.

Cristo advierte a sus discípulos del peligro de apartar sus pensamientos de El por cualquier causa que sea. Les advierte contra *todas* las emociones y atractivos de este mundo. Les advierte solemnemente que el mundo no estará preparado para su venida, y tiernamente les pide no tomar parte con el mundo. Les advierte con el ejemplo del hombre rico al que se le pide cuenta del alma, del sirviente que come y bebe, y de las vírgenes necias. Cuando El llegue todos y cada uno necesitarán tiempo, sus cabezas estará confusas, sus ojos soñolientos, su lengua trabada, sus piernas tambaleantes, como hombres que han sido despertados repentinamente. No recuperarán de inmediato sus sentidos y facultades.

¡Oh temible pensamiento!, el séquito nupcial está pasando majestuosamente, los ángeles están allí, los justos hechos perfectos están allí, niños pequeños, y santos maestros, y santos vestidos de blanco, y mártires lavados en sangre. Llegan las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado. Ella se ha ataviado ya: mientras nosotros hemos estado durmiendo, Ella se

vestía, y añadía joya tras joya, y gracia tras gracia. Ella ha estado reuniendo a sus elegidos, uno por uno, y los ha ejercitado en santidad, y los ha purificado para su Señor. Y ahora llega la hora de su matrimonio. La Jerusalén celestial está descendiendo y una voz fuerte proclama, “¡Mirad, ya llega el novio, salid a su encuentro!”, pero nosotros, ay, estamos deslumbrados con el resplandor de la luz, y ni damos la bienvenida al llamado ni lo obedecemos. ¿Y todo por qué? ¿Qué hemos ganado? ¿Qué habrá hecho el mundo por nosotros? ¡Miserable y engañoso mundo! , que será luego consumido, incapaz no sólo de aprovecharnos sino de salvarse a sí mismo.

Hora miserable será aquella en que tengamos la conciencia plena de lo que ahora no queremos creer: que *estamos* sirviendo al mundo. Jugamos con nuestra conciencia ahora, engañamos nuestro mejor juicio, rechazamos los consejos de los que nos dicen que nos estamos uniendo a este mundo perecedero. Gustaremos un poco de sus placeres, y seguiremos sus caminos, y pensaremos que no hay daño porque no abandonamos del todo la religión. Quiero decir que nos permitimos codiciar lo que no tenemos, ostentar lo que tenemos, mirar hacia abajo a los que tienen menos. Nos permitimos profesar lo que no tratamos de practicar, de argumentar en atención a la victoria, y debatir cuando deberíamos obedecer. Y nos orgullecemos de nuestro poder de razonar, y nos creemos iluminados, y despreciamos a los que tienen menos que decir por sí mismos, y establecemos y defendemos nuestras propias teorías. O bien estamos ansiosos, quejosos, y agobiados de preocupaciones acerca de los asuntos mundanos, rencorosos, envidiosos, celosos, descontentos y malvados.

De uno u otro modo tomamos parte con este mundo, y no creemos que lo hacemos. Rehusamos obstinadamente a creerlo, sabemos que no somos del todo irreligiosos y nos persuadimos de que somos religiosos. Aprendemos a pensar que es posible ser también demasiado religiosos. Nos decimos a nosotros mismos que no hay nada alto ni profundo en la religión, ningún gran ejercicio de nuestros afectos, ningún alimento para nuestros pensamientos, ninguna gran obra para nuestros esfuerzos. Continuamos de manera satisfecha y engreída, sin mirar fuera de nosotros, no como soldados que vigilan en la noche oscura, sino que encendemos nuestro propio fuego y nos gozamos en su chispear. Este es nuestro estado, o algo parecido, y el Día lo mostrará. El Día está a la mano, y el Día buscará nuestros corazones y hará que nos demos cuenta de ese estado, que nos hemos estado haciendo trampa con palabras, y que no hemos servido a Cristo como el Redentor de los reclamos del alma, sino con un servicio exiguo, parcial, mundano, y sin contemplarlo realmente a El, que está por encima y aparte de este mundo.

Los años pasan silenciosamente y la llegada de Cristo está cada vez más cerca de lo que estaba. ¡Oh, cuanto más El se acerque a la tierra, más nos aproximemos al cielo! Hermanos, rogadle que os dé un corazón para buscarlo con sinceridad. Rezadle para que os haga vivir seriamente. Tenéis solo una cosa que hacer: cargar vuestra cruz tras El. Resolved hacerlo así con su fuerza. Decidid no vivir más engañados por “sombras de religión”, por palabras, por discusiones, por nociones, por grandes declaraciones, por excusas, o por las promesas o amenazas del mundo. Rezad para que os dé lo que la Escritura llama “un corazón honesto y bueno”, o “un corazón perfecto”, y sin esperar, comenzad inmediatamente a obedecerle con el mejor corazón que tengáis. Cualquier acto de obediencia es mejor que ninguno, cualquier declaración separada de la obediencia es mera pretensión y mentira. Cualquier religión que no os lleve más cerca de Dios es del mundo.

Tenéis que buscar Su rostro, y la obediencia es el único camino para buscarle. Todas nuestras obligaciones son obediencias. Si tenéis que creer las verdades que El ha revelado, regular vuestras vidas por Sus preceptos, frecuentar Sus sacramentos, adherir a Su Iglesia y a su gente, ¿por qué es así sino porque *El* os lo ha ordenado? Hacer lo que El ordena es

obedecerle, y obedecerle es acercarse a El. Cada acto de obediencia es una aproximación a El, que no está lejos, aunque parece estarlo, sino cerca, detrás de esta escena visible de las cosas que lo esconde de nosotros. Está detrás de este marco material. La tierra y el cielo no son sino un velo entre El y nosotros. Vendrá un día en que El rasgará el velo y se mostrará a nosotros, y entonces, si lo hemos esperado, seremos recompensados. Si lo hemos olvidado no nos conocerá. “¡Felices esos servidores, que el amo, al venir, encuentre velando!...El se ceñirá, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirles. Y si llega a la segunda vigilia, o a la tercera, y así los hallare, ¡felices de ellos!” (Lc 12, 37-38). ¡Que esta sea la porción de cada uno de nosotros! Es duro alcanzarla, pero es lamentable perderla. La vida es corta, la muerte es cierta, y el mundo venidero es eterno.

Comentario y traducción, P.Fernando María Cavaller